



VOL: AÑO 7, NUMERO 19

FECHA: MAYO-AGOSTO 1992

TEMA: DEMOCRACIA Y NEOLIBERALISMO: Perspectivas desde América Latina

TITULO: **El modelo neoliberal en América Latina**

AUTOR: *Edgar Jiménez Cabrera* [*]

SECCION: Artículos

RESUMEN:

Este artículo analiza los rasgos generales de los supuestos político-económicos del neoliberalismo, así como las consecuencias sociales a que han dado lugar en América Latina.

El proceso que ha seguido el modelo neoliberal surge nítidamente a partir de la crisis de los ochenta, aunque sus orígenes se remontan a la década anterior. El neoliberalismo adquirió carta de ciudadanía en América Latina con un discurso que buscó interpretar la crisis apropiándose posteriormente del proceso de modernización que emergió de ella. Se constituyó inicialmente como una "ideología de la transición" con el objeto de crear nuevas condiciones favorables para legitimar la construcción del futuro. De esa manera, la llamada nueva derecha latinoamericana sentó las bases para la constitución de un nuevo proyecto político-económico justificado por la necesidad de la reinserción de la región en el marco de la globalización de la economía.

Desde la perspectiva del interés nacional y latinoamericano, las consecuencias políticas de esta situación son evidentes debido a que sus propuestas tienen un carácter desmovilizador y despolitizador y a que, al mismo tiempo, el modelo tiene la posibilidad de alterar las bases constitutivas del Estado nacional, de tal forma que se favorezca la extensión y generalización de las soluciones basadas en la liberalización del mercado, la apertura económica, el proceso de recomposición y de modernización del sistema en su conjunto.

ABSTRACT:

The neoliberal model in Latin America.

This article analyses the general features of the politics and economical supposes of neoliberalism as well as the social consequences that has taken place in Latin America.

The process followed by the neoliberal model emerges clearly from the crisis of the eighties, although its origins are remounted to the earlier decade. The neoliberalism acquired the citizen letter in Latin America with a discourse that look for the interpretation of the crisis, taking after the process of modernization that arose of it. Initially was constituted as an "ideology of the transition" with the objective of creating new favorable conditions to legitimate the construction of the future. In that way, the named new latinoamerican right established the basis for the constitution of a new political-economical project justificated by the need of reinserition of the region in the framework of the globalization of the economy.

From the perspective of the national and latinoamerican interest, the political consequences of this situation are evidents due to its approaches that have a demobilizator and dispoliticize character and at the same time, due to that the model has the possibility to alter the constitutive basis of the National State in a form to favorate the extent and generalization of the solutions supported on the liberalization of the market, the economical aperture, the process of recomposition and the modernization of the system as a whole.

TEXTO

Introducción

No es posible en la década de los noventa pensar América Latina al margen del modelo neoliberal. En esta perspectiva, el proceso que se observa en la región, independientemente de las particularidades nacionales, es resultado de la confluencia de factores externos y de las políticas económicas de ajuste estructural y de la reforma estatal a nivel interno.

El proceso que ha seguido el modelo neoliberal surge nítidamente a partir de la crisis de los ochenta, aunque sus orígenes se remontan a la década anterior. El neoliberalismo adquirió carta de ciudadanía en América Latina con un discurso que buscó interpretar la crisis y se apropió posteriormente del proceso de modernización que emergió de ella. Se constituyó inicialmente como una "ideología de la transición" con el objeto de crear nuevas condiciones favorables para legitimar la construcción del futuro. De esa manera, la llamada nueva derecha latinoamericana sentó las bases para la constitución de un nuevo proyecto político-económico, justificado por la necesidad de la reinserción de la región en el marco de la globalización de la economía.

Desde la perspectiva del interés nacional y latinoamericano, las consecuencias políticas de esta situación son evidentes debido a que sus propuestas tienen un carácter desmovilizador y despoliticizador y a que, al mismo tiempo, el modelo tiene la posibilidad de alterar las bases constitutivas del Estado nacional, de tal forma que se favorezca la extensión y generalización de las soluciones basadas en la liberalización del mercado, la apertura económica, el proceso de recomposición y de modernización del sistema en su conjunto.

Este artículo analiza los rasgos generales de los supuestos político-económicos del neoliberalismo, así como las consecuencias sociales a que han dado lugar en América Latina.

1. La crisis latinoamericana y la perspectiva neoliberal

En cada uno de los países de América Latina la crisis ha asumido formas diversas, situación que motivó a la reflexión de distintos sectores sociales para considerar la naturaleza de sus particularidades nacionales y externas, en virtud de la homogeneidad y simultaneidad del fenómeno.

Al mismo tiempo, la transición de los gobiernos militares, y la de los de carácter democrático electoral en aquellos países en los que se dio este proceso, inaugura una etapa en la región basada en la concertación, la democratización y la política económica de corte neoliberal.

En esta perspectiva, la crisis es vista como un período de ruptura con los modelos que tuvieron vigencia en América Latina. El debilitamiento sindical y de las fuerzas políticas, el surgimiento de la economía informal y la representatividad estatal son algunos de los aspectos más relevantes del momento de la crisis.

En este marco, el neoliberalismo a través de sus distintos y variados representantes buscó incidir en el debate, intentando apropiarse del análisis al difundir un "discurso dominante sobre la crisis", y que a la larga se convirtió en el marco de referencia, asumido consciente o inconscientemente por intelectuales, políticos y sindicalistas. [1]

Sin pretender hacer un análisis profundo de la posición del neoliberalismo sobre la crisis, podemos señalar algunos de los aspectos más relevantes de la interpretación realizada.

En el análisis neoliberal, subyace la consideración de que lo que está en crisis no son las relaciones de producción prevalecientes, sino ciertas formas de administración e intervención estatal y de política económica. Tales políticas, se expresa, fueron las causantes de los desequilibrios socioeconómicos internos que enfrentaba el proceso de crecimiento, alterando sustancialmente el clima de estabilidad económica y las políticas nacionales.

Desde la perspectiva neoliberal, América Latina asiste al agotamiento de las alternativas de desarrollo, y al surgimiento de otro modelo en razón de las nuevas circunstancias externas e internas a la región.

En la primera fase del modelo agro-minero exportador (desarrollo hacia afuera), más allá de las relaciones capital-trabajo, el modelo democrático liberal creó su propia contradicción: la democracia que buscó enarbolar los principios de justicia, libertad e igualdad se vio obstaculizada por la economía de mercado propuesta por el liberalismo, de manera que esos principios se convirtieron a la larga en valores absolutos irrealizables.

En la fase posterior, la región asiste a las diferentes formas de intervención estatal, que hicieron posible la industrialización sustitutiva de importaciones, el crecimiento urbano y el desarrollo hacia adentro. Modelo que sentó sus bases de legitimidad en la alianza Estado-movimiento obrero y sector empresarial, y que incorporó la cultura nacional como mecanismo de cohesión y unidad, confiriendo a los países de América Latina cierta dosis de identidad y dignidad nacionales.

La región, con sus limitaciones, vivió el período de "Estado asistencial a la latinoamericana", en el marco de los llamados "milagros", como es el caso de Brasil, Venezuela y México.

Para el neoliberalismo, esa situación llevó inicialmente a una confusión orgánica de los poderes del Estado, al sobredimensionar el rol del Ejecutivo, lo que provocó una pérdida de confianza en los gobiernos y en las instituciones que hasta entonces habían fungido como elementos articuladores de las demandas y necesidades sociales.

El Estado, que por un tiempo proveyó de ciertos elementos mínimos para la subsistencia social (salud, vivienda, educación), se vio de pronto incapaz de detener los impulsos que fueron deteriorando significativamente las condiciones de vida de la población.

El neoliberalismo puso en duda el manejo del Estado asistencial (benefactor) denunciándolo como costoso, centralista e ineficiente y responsable del estancamiento, así como del carácter desestabilizador de las tendencias igualitarias que planteaba. Dado el peso que adquirió la intervención estatal en la economía y en los aspectos políticos-

sociales, a juicio del neoliberalismo las decisiones perdieron su racionalidad; éstas fueron el resultado de negociaciones y de acuerdos políticos que alteraron por lo mismo la gestión gubernamental.

De esta manera los gobiernos se comprometieron con la "utopía" y el "deber ser", ampliando el horizonte del irrealismo y de las demandas sociales. En este orden la relación Estado-sociedad se vio afectada; y en general la región asistió a un proceso de ingobernabilidad, a la par de una creciente burocratización.

Para el neoliberalismo, esa situación provocó un momento tal en la que el Estado se vio rebasado por la ampliación de las expectativas sociales y económicas (Picó Josep, 1987 y Lipovetsky, 1986).

En ese marco, la ideologización y la politización de la sociedad alteró el protagonismo estatal y los límites de la conducción política nacional.

Se alteró, así, la orientación de los planes nacionales desprovistos de toda realidad, al mantener una situación de "auge" por razones políticas antes que por la viabilidad económica.

Por otra parte, para este enfoque la presencia estatal llevó a politizar el mercado, afectando la producción y la circulación de productos y bienes. Esta politización afectó las decisiones, los mecanismos de funcionamiento de la economía y las relaciones oferta-demanda. Se incorporaron de esta manera criterios políticos en la organización de la producción y la distribución de los recursos, reemplazando criterios de mercado. La politización del mercado llevó también al Estado a dar prioridad al consumo antes que a la oferta, con lo que se modificó la natural relación del trabajo y del capital por una nueva relación trabajo-Estado, con capacidad para definir salarios, precios y mínimos de bienestar; esto llevó, por lo tanto, al agotamiento del sector productivo. [2]

La confianza en el mercado, para este enfoque, debe acompañarse de la adopción de otras medidas como la modificación de subsidios la eliminación de reglamentos que protejan la ineficiencia de los sectores comerciales e industriales considerados innecesarios, como un incentivo renovador de la oferta.

Por lo mismo, el centralismo estatal llevó su ineficiencia a la sociedad, obligándola a sufrir los efectos de las imperfecciones de la regulación estatal. Con ello el Estado se negaba a sí mismo, por eso el Estado fue perdiendo paulatinamente su razón de ser.

Por otra parte, la centralidad estatal llevó a la pérdida de autonomía de las fuerzas sociales y políticas; todos dependían de él, lo que reducía el espacio entre el Estado y la sociedad civil. En este sentido, el Estado no pudo expresar realmente los intereses de la nación sino como apelación.

Por eso el Estado no pudo garantizar el pluralismo y provocó que las clases dirigentes cayeran en una confusión entre la representatividad de la mayoría y el "principio" de la mayoría. El resultado, según este dilema, no podía ser otro que la "ineficiencia" de las decisiones que eran más el producto de un juego de fuerzas que el de una estrategia. Así se configuró un sistema administrativo sin orden interno, lo cual agregaba a la ineficiencia, la ineficacia estatal.

Se crearon y sumaron agencias estatales más por exigencias del poder que por exigencias funcionales, lo que impidió que el conjunto de instituciones funcionara como sistema político. La administración pública se convirtió así en obstáculo antes que en

medio para la acción estatal. El Estado se configuró como Estado premoderno sin capacidad para alcanzar los resultados esperados, al hacer que la burocracia se sobrexpondiera por razones de clientelismo antes que por competencia profesional.

Según Robert J. Barro, uno de los principales exponentes de la "moderna macroeconomía clásica" o "escuela de las expectativas racionales" (Barro, 1986 y Altvater, 1982), al que se suman otros autores, sostienen que los keynesianos han sido responsables de los mayores fracasos políticos de los sesenta y setenta, pues sus "recomendaciones" asistenciales probaron ser erróneas porque ignoraron los efectos de largo plazo de sus políticas.

A nivel político el modelo neoliberal plantea que la democracia ya no es un método político, que se podía deducir de la democracia liberal y que debe ser reemplazada por su significado objetivo. Es decir, que en esta perspectiva surge la necesidad de modificar el concepto de la acción política en nombre de la democracia, ya que la movilización masiva ha dañado al sistema político. De manera que la participación política concebida en términos tradicionales es incompatible con el nuevo orden neocorporativo que se impone.

Para el neoliberalismo la participación política no fue debidamente institucionalizada, ni reguladora, las formas adoptadas en vez de crear un orden participativo llevaron al corporativismo y a la represión estatal. En este marco el Estado regulador tampoco pudo realizarse, entendido éste como el conjunto de acciones encaminadas a mantener la "normalidad y estabilidad" de la vida nacional. La normalidad fue impuesta y no pactada. El Estado nacional se quedó a medio camino entre el Estado oligárquico y el nuevo Estado nacional. Esto provocó que primero se diera la identidad de clase y se quedara a medio camino la "identidad nacional". El Estado buscaba reconocerse en la nación, aunque la nación no se reconociera en el Estado, lo cual alteraba las bases de la legitimidad estatal y provocaba que a través de la apelación nacional se encubriera ideológicamente el debilitamiento estatal.

En este marco, la participación deformada adquirió los siguientes rasgos políticos:

- participación excluida
- participación con cooptación
- participación en situaciones de fractura
- participación impuesta.

El modelo busca el desplazamiento de las figuras de autoridad que expresaban simbólicamente la grandeza y el bienestar, por una concepción despolitizada de la autoridad, en el marco de la desmovilización de los sectores populares.

Se trata, en suma de redefinir el contenido de la democracia, de sus instituciones, de la forma de hacer política y de los mecanismos de participación. En vista del agotamiento de las alternativas políticas, la única posibilidad que tiene el sistema de mantener su estabilidad es promover la despolitización del resto de la sociedad, misma que consiste en el despojo a las otras clases alternativas posibles, en el marco de la nueva democracia controlada como el proyecto político de esta tendencia.

En este sentido el neoliberalismo plantea la reforma del Estado y la modernización económica basada en la reinserción competitiva de América Latina en el mercado internacional.

2. El proyecto neoliberal

En general, para el neoliberalismo la crisis en América Latina llevó a un desencanto e incertidumbre, constituyéndose por lo tanto en terreno político-ideológico y campo fértil para la reorganización de las sociedades y su "saneamiento económico". Esta exigencia no podía ser asumida sin que el Estado "sacrificara", en mayor o menor medida, su propia naturaleza.

El reordenamiento del sistema capitalista en América Latina es presentado por los teóricos del modelo neoliberal con un sustento legitimado por la historia como "la alternativa" para reencauzar la inserción de la región con vistas al futuro milenio (Nash, 1987 y Frankel, 1987).

Las propuestas económicas neoliberales de la liberalización del mercado, apertura comercial, ajuste estructural, privatización, desregulación e integración, retoman la teoría social de mercado (Hinkelammert, 1984).

Esta teoría que plantea el "bienestar del mercado" en reemplazo del Estado de bienestar, retoma las teorías de la oferta y del desequilibrio. Por lo tanto, el proceso de reorganización económica, política y social que propone el neoliberalismo, es reforzado por un cuerpo normativo, por nuevos valores de validez universal (rentabilidad, productividad, competitividad) y por los principios (pragmatismo-realismo) que tienden a afianzar las nuevas relaciones sociales que se constituyen a partir del mercado. Principios, valores y símbolos nacionales e históricos que sustituyan a los de validez nacional. [3]

Se trata de los nuevos valores y principios que definen hoy las demandas y las posibilidades individuales en el mercado laboral y que definen también las relaciones de las organizaciones sindicales y de otros movimientos sociales con el Estado.

El neoliberalismo obliga, por una parte, a todos los países de la región a participar en el "saneamiento" de la actividad económica y, por otra, exige un reajuste en el funcionamiento del Estado que conduzca a recomponer las bases del capitalismo nacional.

Se pone en tela de juicio el manejo del Estado en torno a su política de bienestar social, y se le denuncia como ineficiente, responsable de la crisis, así como del carácter desestabilizador de sus tendencias igualitarias.

El nuevo modelo plantea la necesidad de reducir las expectativas de transformar las reivindicaciones, de promover la autodeterminación y disciplina y frenar los que giran alrededor del sobredimensionamiento social.

El sistema, para esta corriente, debe establecer un "nuevo orden", "no político", basado en la familia y el individuo en vez de las clases y de los sectores sociales. Se busca despolitizar y desideologizar el ambiente social, bajo el argumento de que la irracionalidad de las expectativas invadió el espacio social y económico de los estratos altos de la sociedad alterando la normal distinción entre éstos y los sectores subalternos (Offe, 1981).

El mercado, su consolidación y fortalecimiento, deben constituirse de nuevo en el mecanismo que devuelva a los nuevos sectores su espacio, con el objeto de permitir y a la vez replantear la problemática social en el marco de la "nueva cuestión social". En esta perspectiva se busca modificar la conciencia social, toda vez que el mercado no reconoce fuerzas sociales y políticas, distingue únicamente sujetos calificados o no calificados,

consumidores y oferentes, independientemente de su posición política y social. El mercado despoja al individuo de todo su contenido político.

A su vez el modelo define claramente el presente, el futuro y el pasado. Para el discurso neoliberal lo único real es lo que va a existir, ya que el pasado no puede aprehenderse y controlarse, de manera que el presente es el punto de llegada del pasado, es la síntesis y condensación de los hechos y acontecimientos históricos. Pero a su vez el orden del presente es visto como portador del orden del futuro.

En ese sentido la gestión estatal aparece como irresponsable ante el presente y responsable ante el futuro, pues legitima las medidas de política económica que asume a nombre de la "realidad" para hacer posible el "futuro".

El propósito neoliberal consiste en transformar radicalmente el modo de funcionamiento de la economía, la forma en que está organizada la sociedad y las instituciones políticas.

3. La perspectiva económica neoliberal: las políticas de estabilización

Durante la década de los sesenta se pusieron en práctica con algunas diferencias programas económicos de corte monetarista de estabilización económica. Según J.J. Polak (1957), basado en la teoría cuantitativa del dinero, el retorno hacia la ortodoxia económica y el restablecimiento de los mecanismos de mercado permitieron adoptar decisiones satisfactorias.

Las políticas monetaristas desarrolladas por E.M. Bernstein y difundidas mediante los trabajos de Sidney S. Alexander (1952) suponían la presencia de la "mano invisible" al nivel macroeconómico nacional e internacional.

Las distintas versiones monetaristas se combinaron con el pensamiento del FMI, y constituyeron los fundamentos de la actuación gubernamental en los distintos países de América Latina. Costa Rica estableció con el FMI, cinco acuerdos de contingencia entre los años 1961 y 1967; El Salvador diez convenios del mismo tipo entre 1958 y 1970; Guatemala por su parte firmó siete convenios entre 1960 y 1970; Honduras definió doce acuerdos entre 1957 y 1972.

El papel fundamental que desempeñaron los primeros programas en aquellos países donde se aplicaron, fue el de abrir las economías a la expansión e integración del capital productivo transnacional.

En una segunda etapa, durante la década de los setenta (Chile 1974, Uruguay 1974, Argentina 1976), en el marco de los regímenes dictatoriales, la aplicación de programas estabilizadores constituyó el inicio de políticas de corte monetarista inspirado en la Escuela de Chicago (Milton Friedman). Cabe mencionar también que Perú, Jamaica y Costa Rica se sumaron de alguna manera a este tipo de lineamientos.

En general en ese período como señalan Alejandro Foxley y Richard Lynn Ground (Foxley, 1982 y Lynn Ground 1984:47-48), esas políticas fueron adoptadas por gobiernos autoritarios en las cuales buscaban imponer una nueva disciplina en los países. En esa perspectiva la viabilidad de los programas de estabilización se basó en la militarización de las sociedades, la disponibilidad del capital externo y en la marginación de la sociedad civil.

Las políticas de estabilización buscaron soluciones radicales y globales para superar las tendencias populistas bajo el lema de la inflación "no desaparecerá en tanto no se modifique la forma de funcionamiento global de la economía".

A partir de esa década se inicia un cambio profundo en la estrategia de desarrollo, en el rol de los distintos sectores económicos y en la estructura del poder. Según Foxley la utilización no neutral de "los instrumentos de estabilización tendieron a favorecer al gran capital y provocaron cambios en la esfera política".

En la década de los setenta los costos sociales derivados de la aplicación de políticas estabilizadoras fueron resueltos suprimiendo la oposición y el descontento político a través del control y la represión estatal. El capital externo en ese período desempeñó un papel medular. La voluminosa afluencia de recursos externos reviste especial importancia en ese proceso.

Las políticas monetaristas fueron aplicadas gradualmente pudiendo distinguir algunas fases:

- a) Liberalización de los mercados.
- b) Aplicación de políticas de shock, que consiste en la abrupta reducción de la demanda agregada.
- c) Reducción de costos y expectativas inflacionarias, mediante la manipulación del tipo de cambio y la expansión del crédito privado.
- d) Liberalización de las tasas de interés y del precio de los bienes, y control sobre los salarios que a la postre condujeron a drásticas reducciones en el poder adquisitivo de los trabajadores; situación que además se tradujo en el aumento de la tasa de desempleo.

El enfoque monetarista que está detrás de las políticas de estabilización señala que la inflación "es siempre y en todas partes un fenómeno monetario". [4] De ahí que se considere que el manejo monetario "eficiente" es básico para la estabilización económica. De igual manera se sostiene que el monetarismo y las políticas de libre mercado asociadas a él proporcionan una fórmula neutral para el restablecimiento del equilibrio de la economía.

Otro rasgo importante en esta perspectiva teórica es que el trabajo se encuentra sobrerremunerado, en tanto que el precio del capital estaría por debajo de su valor de equilibrio. En esta línea de razonamiento la negociación colectiva tendería a alimentar la sobrerremuneración, lo que reflejaría la fuerza y centralidad de los sindicatos y de la presión política y no la manifestación libre del mercado. "La masa laboral debe someterse primero a una cierta disciplina, antes de que se le permita participar en el juego del libre mercado".

Otro aspecto no menos significativo de esas políticas descansa en la consideración de que el "mercado libre impone normas uniformes a todos los agentes económicos".

Lo anterior es un supuesto muy discutible, ya que el mercado funciona en un contexto nacional y político. De la misma manera el poder económico no se encuentra repartido de manera igualitaria en el mercado, como no lo está el acceso a los recursos (créditos, tecnología, información). En este sentido las políticas aparentemente neutrales generan resultados no neutrales.

La proposición básica de la Escuela de Chicago, consistió en privilegiar la libertad económica y situar la libertad política en un lugar secundario. La sociedad deja de concebirse como constituida por ciudadanos soberanos para convertirse en la reunión de

consumidores, productores y ahorradores soberanos. La crítica a la industrialización sustitutiva; al Estado asistencial proteccionista fue el punto de referencia de esas nuevas políticas económicas.

3.1 El modelo neoliberal y las políticas de ajuste estructural

En la década de los ochenta el FMI, a través de las políticas de ajuste, introdujo la necesidad de reformas estructurales del lado de la oferta (Laffer, Arthur, 1988), tendiendo a mostrar ciertas redefiniciones con respecto a su concepción tradicional. De manera que las grandes líneas del FMI han sido en este período convergentes con el pensamiento neoliberal: visión monetaria de la balanza de pagos, reestructuración productiva acorde con los patrones internacionales y revisión del espacio y funciones del Estado. Las nuevas políticas económicas se imponen como símbolo de los tiempos actuales, pero también como desafío futuro para las sociedades y Estados nacionales en el marco de la internacionalización de la política económica, con el objeto de adecuar las economías a las nuevas circunstancias.

El ajuste estructural del Banco Mundial se dio en 1979; en este sentido, la gran mayoría de los programas de ajuste en la región no entró en vigor sino hasta principios de 1983. Hacia fines de ese año eran 17 los países de América Latina y el Caribe que tenían acuerdos de ajuste con el FMI.

Ambas instituciones, al enfocar los problemas estructurales y el fortalecimiento por el lado de la oferta, se basan en la conocida interpretación neoclásica del subdesarrollo: "las políticas económicas internas inadecuadas o equivocadas, al volverse crónicas deforman las estructuras de la economía, socavan su capacidad y, en casos extremos, la dejan inerte para responder de manera eficaz a la coyuntura cambiante de la economía internacional".

Las llamadas así políticas de ajuste estructural (conjunto de políticas) se basan en la reducción de la regulación e intervención del Estado. Se espera lograr así la liberalización y modernización de la economía, buscando hacerla más eficiente y competitiva.

Conviene señalar algunas variantes que se observan en las políticas de ajuste estructural: la distinción entre las políticas de shock y las de corte gradualista. Las de shock se refieren a las de corto plazo con niveles de celeridad mayores; es el caso de Costa Rica, que aplicó este tipo de política en 1982.

En este tipo de políticas intervienen no sólo la lógica económica, sino también lo óptimo desde el punto de vista político. Señalan al respecto Fischer (1986:171) y Killick (1984), Heymann (1986), Fanelli y Frenkel (1986), que "la lógica económica apunta típicamente en dirección al gradualismo, no así la lógica política".

En esta perspectiva, es necesario evaluar los costos sociales en términos de la política de ajuste y de credibilidad gubernamental por las varias ocasiones en que los diferentes gobiernos del área dieron marcha atrás en sus programas. El ejemplo más claro en este orden de cosas es el de Venezuela y posiblemente Perú.

Otro aspecto que forma parte del debate actual es el carácter ortodoxo y heterodoxo de las políticas de ajuste o una combinación gradual de ambas.

Debe tomarse en cuenta también la particularidad de los programas de ajuste estructural del Banco Mundial, frente a los programas del FMI, para resolver los problemas de desarrollo de mediano y largo plazo.

Ernest Stern (1985) distingue entre el análisis más microeconómico y financiero del FMI, y el más macroeconómico y productivo del Banco Mundial (BM). El BM plantea la transformación de la estructura productiva, la promoción y desarrollo de las exportaciones, la limitación del intervencionismo estatal y la reducción de la deuda pública externa. Al mismo tiempo el BM exige el "paquete" completo de medidas y un comportamiento disciplinado a cambio de los fondos contratados. En cambio los programas del FMI buscan introducir efectos correctivos en el corto plazo, y poco o nada se menciona sobre la etapa siguiente a la del "saneamiento" de las economías (Lichtensztejn, 1978 y Furtado, 1982).

Por otra parte, en la óptica neoliberal las políticas de ajuste son entendidas como el "conjunto de medidas y decisiones públicas cuyo propósito no es otro que eliminar o reducir, sustancialmente, los obstáculos y entramamientos que impiden el uso adecuado de los factores de la producción para así acelerar el desarrollo económico de los países".

Como se observa, se trata de eliminar drásticamente las distorsiones existentes en la economía. En este proceso influye la velocidad del ajuste y los costos del mismo, aunque éstos, siendo inevitables, son considerados menores frente a los beneficios. En este sentido la compensación de los costos del ajuste no debe hacerse de manera tal que posponga o retrase el proceso de ajuste, sino, por el contrario, que lo facilite y lo acelere. En esta perspectiva las políticas de ajuste estructural tienen como prerrequisito una relativa estabilidad de la economía, un gran apoyo político y modificaciones constitucionales para lograr un adecuado funcionamiento de las políticas propuestas.

Se trata en el fondo de un cambio sustancial con relación al orden existente, al mismo tiempo las Políticas de Ajuste Estructural (PAE) exigen una "concertación entre diferentes actores que permita alcanzar los acuerdos y el consenso necesarios para hacer viable el modelo.

Crear consensos de corto plazo para alcanzar metas de largo plazo es el objetivo, a la par de la necesidad de una nueva inserción de la economía en el mercado internacional; y la eficiencia y competitividad en la producción representan los grandes principios conceptuales en las cuales se asientan las PAE" (Villasuso, 1990:98).

Las políticas de ajuste estructural son entendidas como una nueva situación globalizante que se impone por la "realidad", la cual determina las condiciones en las que se desenvuelven hoy los países de la región, como un hecho que mucho debe a la gravedad de la situación. De ahí que la realidad es, para el neoliberalismo, el eje central de su discurso y, a la vez, fuente de su legitimidad, lo que facilita imponer un conjunto de medidas basadas en la "gravedad de la realidad" sin recurrir al "consenso" o a la violencia.

Este proceso facilita la "esencialización" de la identidad de los nuevos actores gubernamentales y su reconocimiento por el resto de la sociedad por sus atributos y cualidades (el saber y la alta calificación) antes que como clase política o dominante.

De esta manera el proyecto neoliberal descansa en esa "realidad" en donde lo más importante es sobrevivir, después de decidir sobre la forma de vida, como un nuevo discurso que neutralice cualquier respuesta de otras fuerzas sociales en la medida en que éstas pueden transformarse en acciones políticas desestabilizadoras o en alternativas. Aun en este caso tal situación es vista como una equivocada e irracional lectura del presente y de la realidad.

Es la "cosificación" de la realidad, en donde la miseria y la crisis incrementan el valor del orden que se busca imponer. Esta realidad, que es elevada por el neoliberalismo al rango de categoría, define el presente y el futuro, así como el escenario político nacional y regional: sus límites, su carácter y las formas de participación de otras fuerzas sociales (realismo), y sobre la cual descansa también la imagen interna y externa de los países, de tal forma que si las políticas de ajuste provocan tensiones internas, ellas se justifican por la realidad. [5]

Para el modelo, el enemigo político, dotado en el pasado de perfiles político-ideológicos (socialista, comunista, populista, etc.) es visto hoy como el sujeto irracional que permanece ubicado en el pasado, incapaz de entender el presente y la realidad; ubicación que se traduce en la práctica de una serie de actitudes y posturas irreales (buscan mantener su protagonismo cuando ya lo perdieron), apegadas a viejos esquemas que tuvieron vigencia en circunstancias distintas.

Conviene señalar que para el neoliberalismo las políticas de ajuste deben aplicarse en función de la inevitable reinserción de los países de América Latina en la reestructuración de la economía mundial, lo que ha permitido en la región el uso de nuevos conceptos tales como: "incremento de las exportaciones con una endogeneización del desarrollo"; "desarrollo con equidad"; "desarrollo desde adentro", ya que la región y los Estados se organizan en función de criterios rectores de las economías centrales. En este sentido, "la fuerza de la reestructuración es tal, que ya no es posible actuar sobre la base de políticas y procesos autónomos o independientes" (Calderón y Dos Santos, 1991:16).

Las políticas de ajuste, apertura y reconversión industrial, desregulación, privatización y descentralización, junto a la modernización del Estado confrontan en la actualidad una tendencia excluyente, ya que no revierten la deuda social, sino que la profundizan con el consiguiente costo social y político, lo que hace difícil combinar políticas de ajuste económico, democratización con reforma del Estado.

Finalmente, es importante señalar que los actores de la "política de ajuste estructural" son los organismos financieros internacionales, la banca privada acreedora, el gran capital y las cámaras empresariales.

La liberalización de la economía no sólo transfiere al mercado un rol protagónico, sino que al otorgarle una nueva racionalidad al Estado provoca la desestructuración de los actores sociopolíticos anteriormente protagónicos y revaloriza a otros sectores que se ven favorecidos por el ajuste estructural y la modernización económica (Calderón, F. y Dos Santos R., 1991: tesis 12). Un claro ejemplo de lo que decimos es la pérdida de la centralidad del movimiento obrero en los sistemas políticos de América Latina.

3.2 El neoliberalismo y la reforma estatal

El neoliberalismo además de la modernización económica busca introducir cambios de carácter estructural institucional. En este sentido plantea la reforma estatal como un proceso inherente a la transformación de la sociedad.

El momento actual es visto como el tránsito de la esfera pública hacia la esfera privada y es en este marco que debe entenderse la reforma estatal. La esfera privada se convierte así en el espacio de construcción de la sociedad, de la práctica política partidaria y sindical y en el espacio de reproducción del individuo.

El tránsito planteado así por el modelo obliga al Estado a un nuevo protagonismo, a las fuerzas políticas a una redefinición ideológica, y a los ciudadanos a la necesidad de

enfrentar las nuevas condiciones laborales y económicas definidas por la conformación del nuevo espacio.

Además, el neoliberalismo busca calificar a la esfera pública vigente en el pasado como portadora de la falsedad frente al futuro-esfera de lo privado que es visto como el espacio de la verdad. Entre la verdad y la falsedad en esta perspectiva no caben espacios ni alternativas intermedias. Lo anterior le permite al neoliberalismo afirmar la viabilidad del proyecto a nombre del saber y la verdad y plantear la derrota de los paradigmas existenciales.

En este sentido la verdad del futuro es un elemento decisivo para la toma de decisiones, lo que permite futurizar el presente al otorgarle un sentido, ya que para el modelo lo "real" es lo que va a ocurrir y no lo que ocurrió; en este sentido, el punto de partida aparece siendo igual para los países, así como para los distintos sectores sociales, siendo el punto de llegada desigual.

En el espacio público la política tiene una significación, lo que hace posible reivindicar la diferencia (socialdemocracia, nacionalismo, reformista, socialcristiano); en la esfera privada la política carece de sentido, y la diferencia cabe como reivindicación individual, lo que ayuda a refrendar para el neoliberalismo la jerarquía y el status personal. De manera que en la esfera privada, la privatización de las demandas y respuestas impone una "nueva realidad".

Para el neoliberalismo la indiferencia, en reemplazo de la diferencia política, programática e ideológica permite despojar a las otras clases de alternativas posibles, y en este marco la efectividad de las políticas se basa en el pacto "por la competitividad y eficiencia", como las nuevas reglas estables para los actores y sujetos.

Por lo mismo el espacio privado crea las condiciones para el surgimiento del mercado político (marketing) que descansa en candidaturas personalizadas, definidas como rechazo a la política tradicional. El manejo de la imagen política y la condición de la opinión pública serían los soportes fundamentales de este mercado.

Así, el neoliberalismo busca desplazar al movimiento obrero de la centralidad de la lucha política e intenta relocalizar el conflicto en la esfera jurídica. Lo anterior hace que la participación política sea vista como producto antes que como condición, de manera que la práctica del movimiento obrero sea entendida como resultado de las circunstancias, antes que como causante de hechos y fenómenos de carácter político, sin capacidad para incidir en la orientación de los nuevos tiempos.

En la otra línea de razonamiento, la nueva relación planteada por el neoliberalismo entre la verdad y la falsedad hoy define a los nuevos adversarios. Aquel que permanece en el pasado es visto como ubicado en la oscuridad, ideologizado e irracional.

De aquí que surja una serie de interrogantes sobre el tránsito hacia la modernidad, si ésta es posible con la institucionalidad estatal para hacer viable la modernidad.

Para el modelo neoliberal, el "nuevo protagonismo estatal" le permite enmascarar su ideología para refugiarse en la del sistema, el "mercado".

En este sentido la reforma estatal no es una simple reconstrucción o renovación de antiguas estructuras y métodos, se trata de la constitución de un nuevo proyecto estatal en el que la necesidad de apelar a "principios de la mayoría" lo lleva a invocar el tema de la democracia y la instauración de instituciones renovadoras y depuradas de sus VICIOS

anteriores, en un nuevo espacio político, producto de una nueva relación entre la tecnocracia, las instituciones emergentes y la sociedad civil.

El Estado adopta hoy en América Latina una tendencia a replegarse sobre sí mismo abandonando buena parte de sus antiguas responsabilidades sociales, hoy estigmatizadas como "no rentables".

La descentralización del Estado busca crear un "clima ideológico" para que sea vista como una política favorable al presentarse dicha descentralización como una suerte de imperativo categórico, revalorizando las instituciones locales (Peñalva, 1991 y Borja, Calderón y Peñalva, 1989).

Las propuestas a favor de la descentralización es formulada tanto en países de organización política unitaria (Chile, Perú, Colombia, Uruguay, Bolivia), como en aquellos en los cuales el sistema político ha sido, en virtud de la forma de organización federativa, formalmente descentralizado (Argentina, Brasil, Venezuela).

En tal sentido, la mayor visibilidad del espacio local que en la perspectiva neoliberal justifica la descentralización y desconcentración, se combina con la aparición de ciertos fenómenos cuya magnitud reviste gran interés político. Entre ellos, la modificación del mercado laboral, la economía informal, el aumento de la desocupación y el desempleo; la concentración del ingreso y, simultáneamente, el aumento de la extrema pobreza debidos a las políticas de ajuste y a la distribución inequitativa de sus costos en el interior de la sociedad.

De ahí que la descentralización sea expresión de un "nuevo modo de acción pública", en virtud del cual el propio espacio de lo "privado y lo público" tiende a ser redefinido.

Asistimos a la redefinición del papel del Estado en el seno de la sociedad. El modelo de Estado es puesto en cuestión por el neoliberalismo, que con posterioridad a la crisis del 30 había jugado un papel central en el desarrollo de los países de la región.

Desde la década pasada el escenario político-institucional de gran parte de los países de la región ha empezado a experimentar significativas transformaciones en cuanto al papel del Estado.

En esa perspectiva, la actitud de los gobiernos que asumen la redefinición estatal busca generar un impacto en las nuevas formas de participación y en el debate sobre el espacio político que debe crearse. La autojustificación de la nueva gestión estatal descansa en el tiempo político que los anima y no corresponde al tiempo político del resto de la sociedad.

En el pasado, para el neoliberalismo la matriz anterior de desarrollo se basó en la centralidad estatal que implicaba una dependencia de los actores sociales (clase trabajadora industrial, iniciativa privada, burocracia estatal, clases medias urbanas) respecto a la actuación del Estado; a la vez éste dependía de dichos actores para el mantenimiento de sus políticas, pues de ellos recibía su legitimidad (Tironi, E., 1990 y Taranzo, 1990).

Es decir, que la legitimidad estatal dependía de su capacidad para ofrecer resultados o de su mito fundacional. La legitimidad fundacional se erosionó rápidamente toda vez que ésta no fue acompañada por resultados materiales.

Para los neoliberales, el Estado no tuvo una traducción de legitimidad legal-racional, por lo que la capacidad estatal para cambiar la dinámica del modelo era mínima como consecuencia de la relación misma de los gobiernos con los actores sociales.

En este marco el Estado llegó a ser demasiado grande, pero al mismo tiempo era demasiado débil, porque carecía de la autonomía precisa, respecto a los actores sociales, para corregir el régimen social de acumulación. Así, el Estado se vio arrastrado por la dinámica de la sustitución de las importaciones, era cautivo de los actores sociales surgidos de ésta y crecía para satisfacer sus demandas.

Al mismo tiempo la crisis del modelo sustitutivo expresaba la debilidad estatal para enfrentar la reconversión económica. Se tuvo una sociedad civil dependiente del Estado y un Estado que enmascaraba su debilidad dependiendo de ciertos actores sociales con capacidad de veto.

El cambio del modelo exige para el neoliberalismo la autonomía del Estado, con políticas dirigidas hacia la integración competitiva en el mercado internacional.

El nuevo interés que anima la conducta estatal está desprovisto de su referente nacional. En el pasado el nacionalismo buscó ubicar al Estado por encima de los particularismos otorgándole una dimensión nacional. El interés nacional se antepone frente a la antinación.

El modelo neoliberal tiene otro referente que redefine el interés nacional y la seguridad nacional. El Estado buscaba reconocerse en la nación y hoy esta no sólo expresa los intereses del Estado, sino que busca reconocerse en el Estado mismo. Esta nueva situación evidentemente afecta las bases de la identidad nacional: para salvar a la nación debe abrirse la economía, es el nuevo discurso neoliberal.

El nuevo tiempo estatal significa futurizar el presente, otorgándole así un nuevo sentido. En ese futuro cabe el socialismo como moralización y democratización del modelo, pero no como proyecto.

Para garantizar la viabilidad del modelo a largo plazo no basta un marco institucional que garantice la libertad del mercado y una política económica que asegure el equilibrio financiero, es necesario, una "nueva" política estatal protagónica y la articulación de un nuevo tejido social de apoyo a las políticas e instituciones, de manera que alcancen eficacia en sus efectos y definan un nuevo orden futuro.

En ese sentido se plantea la necesidad de organizar una "nueva mayoría" y un "nuevo sindicalismo" para ser funcionales a lo que ellos consideran el "nuevo espacio político", desprovisto de masas y con la tecnificación de la política.

Para este enfoque se desarrolló en el pasado inmediato "una cultura de la negociación" y de compromiso político. De ahí que la cuestión del interés nacional se impusiera como objetivo superior a cualquier otro interés sectorial. Se desarrolló, así, una institucionalidad destinada a preservar ese interés en las negociaciones para disminuir los conflictos internos. En el presente promueven crear un "nuevo" espacio para dar lugar a la "concertación" que permita la "eficiencia y el pragmatismo" en las relaciones obrero-patronales y de éstas con el Estado, basada en una combinación de liberalismo para la recuperación económica con mecanismos institucionales de compensación social (es el caso del programa de Solidarismo en Costa Rica) destinados a corregir los defectos del mercado (Lazarte, 1991).

Con ello, según la tendencia que analizamos, el Estado se reafirma a sí mismo, recupera el espíritu estatal, la razón de ser del Estado y la racionalidad estatal (Habermans, J., 1989). En esta perspectiva se entiende la necesidad del adelgazamiento estatal a partir de los errores del pasado.

En el marco del modelo precedente se aumentaron las agencias estatales por exigencias de poder antes que por exigencias funcionales, lo que impidió que el conjunto de instituciones funcionara como sistema político.

La administración se convirtió así en obstáculo antes que en medio para la acción estatal. El hombre era la regla y la regla no regulaba al funcionario. "El resultado no podía ser otro que la ineficiencia de las decisiones que era más el resultado de un juego de fuerzas que el producto de una estrategia", lo cual provocaba que a la ineficiencia se sumara la ineficacia estatal.

Las pretendida desideologización del rol estatal y del discurso permite ubicar a los gobiernos por encima de la sociedad, independientemente del enorme y amplio costo social que provocan dichas políticas.

El modelo tiene la pretensión de transformar las bases constitutivas de la vieja democracia liberal y propone repensar las formas de participación política, la igualdad, la justicia y la libertad en un nuevo orden interno basado en la concertación.

4. Algunas reflexiones finales

En los años de la década pasada se ha cerrado un ciclo de la historia con todos los matices que se quieran introducir.

Lo anterior no sólo implica la quiebra de modelos políticos y económicos, sino también una profunda crisis de los "actores políticos y sociales" que se desarrollaron dentro o contra los modelos vigentes en la región. En este marco el dilema para los viejos actores determinan que deben retirarse de la escena política, replantear su perspectiva o aprender a representar papeles nuevos (Paramio, 1991).

El nuevo protagonismo, así como la magnitud de las propuestas para América Latina responden a los requerimientos del FMI y del BM. Las medidas de reordenamiento económico y político no sólo se desprenden de la visión neoliberal, sino que además buscan legitimarse en la globalización, en el saber y en la "nueva racionalidad emergente". El modelo está planteado así carente de masas y de contenidos nacionales para hacer posible el futuro (PNUD, 1991).

Asistimos a una confusión y desorientación generalizada de la sociedad que se encuentra en un impasse, no sólo como resultado de su carácter de testigo de lo que acontece nacional e internacionalmente. El desencanto y la deslocalización de algunos sectores sociales con tradición de lucha es también consecuencia de la desestructuración social a que están dando lugar las políticas de ajuste.

Asistimos a un proceso en donde el campesinado se está descampesinando; un movimiento obrero debilitado y con tendencias a perder su perfil proletario; la clase media integrada por un conjunto de identidades ocupacionales que están alterando la identidad del sector que fue portador de proyectos del centro político. Los sectores vinculados al capital están igualmente recomponiéndose por la significación que tiene la reconversión económica y la apertura.

Este proceso social tiene impacto en la representatividad, el interés social y sectorial. ¿A quiénes representan hoy las fuerzas políticas que dicen ser representativas? Tal es la interrogante que se observa en algunos países.

América Latina asiste a la imposición de las "políticas de ajuste" con mayor o menor celeridad en donde caben relativamente los espacios para los problemas sociales.

Aun el mismo modelo desorienta más, toda vez que éste es presentado carente de perfil político-ideológico y excluyente de cualquier otra alternativa.

En este sentido, en la región, por la homogeneidad de las políticas estatales, se vislumbra una convergencia gubernamental. [6] Lo anterior significa que los gobiernos, independientemente de la naturaleza política partidaria (socialdemócrata, demócrata cristiano, nacionalista o liberal) están haciendo lo mismo.

Un elemento recurrente en la estrategia de ajuste impulsada por los gobiernos latinoamericanos es la introducción de cambios en el Estado: en los alcances y objetivos de su acción, en su estructura y funciones; por lo tanto, en el modo en que se articula e interactúa con los actores de la sociedad civil.

Junto con un desplazamiento y reducción de la acción estatal directa, y de las intervenciones en el nivel microeconómico, se registra un fortalecimiento de la intervención macroeconómica e indirecta, en un encuadramiento teórico y político neoliberal.

Esa situación es favorecida por los cambios internacionales, lo que ha provocado cierta inmunización del Estado con relación a las demandas populares, en donde la lucha por la subsistencia adquiere cada día un significado más profundo, fijando, por lo tanto, nuevos límites en la organización de la economía nacional y en los sistemas políticos nacionales.

Las propuestas del neoliberalismo no reconocen particularidades nacionales, por lo que son presentadas de manera uniforme en Centroamérica, en el Caribe y en el Cono Sur, indistintamente.

En esta perspectiva, la modernización (futuro) que se construye ha creado "expectativas" en distintos sectores de las sociedades nacionales. Expectativas que empiezan a utilizarse como instrumento ideológico de cohesión y unidad social frente a la incertidumbre y la inseguridad. El discurso neoliberal basado en las "expectativas" busca atenuar los efectos provocados por el costo social.

Al mismo tiempo que se debilitan los lazos y las conciencias de clase y de pertenencia social se consolidan los valores de carácter individual, lo que refuerza la "expectativa" personal.

La clase social, el sindicato y el partido político, por los procesos de redefinición ideológica y organizacional en los que se ven envueltos, no parecen representar la garantía de movilidad social, ni mucho menos la de estabilidad laboral.

El pueblo latinoamericano, que soporta con creces el peso de las políticas de ajuste, se aferra a la expectativa creada, ante la carencia de proyectos alternativos que pudieran encauzar el descontento y malestar frente a esas políticas.

El neoliberalismo justifica el uso ideológico a nombre del capitalismo que sabe su itinerario y que ejerce el control a nombre de la historia. De ahí que, según esto, nadie

puede oponerse a la historia y no hay a quién dirigir las quejas, pues el conflicto a juicio del neoliberalismo no es un problema de clase, sino producto de la conducta irracional del individuo.

La opción neoliberal es presentada desde esta perspectiva como el camino necesario para "salvar al sistema", como vía indispensable para recuperar la crisis y cuyos "costos sociales" quedarían compensados por las nuevas posibilidades que abre el crecimiento futuro.

Para esta opción, la situación actual requiere de cambios económicos y políticos profundos, en virtud de la redefinición de los objetivos nacionales.

El modelo propuesto se presenta como la "única" expresión "ante el mundo", lo que provoca una decantación de viejas prácticas y actitudes políticas de partidos políticos y organizaciones sindicales que permitan "democratizar la democracia" (Touraine, 1991).

El espacio electoral, en consecuencia, es visto por el modelo como el lugar donde se hace transparente y visible la innovación de comportamientos e identidades políticas y sociales, y la creación de una "nueva voluntad política" que permita encauzar con claridad a la sociedad por los rieles de la nueva situación regional.

Por lo mismo, al parecer a Latinoamérica no le quedan más que dos alternativas:

a) que los sistemas políticos nacionales se adapten a los requerimientos del neoliberalismo.

b) que el modelo se adapte a la manera de ser de los sistemas políticos.

Evidentemente una y otra situación difieren entre sí, por los ritmos y la celeridad de las políticas de ajuste; por la presencia de los espacios tradicionales en el proceso de modernización y por la magnitud del costo social.

CITAS:

[*] Profesor de la Universidad Iberoamericana

[1] Distinguimos entre otros a los siguientes: Alain Benoist. Irving Kristol. Arthur Laffer Daniel Bell. Véase Lechner (1986) y Kirkpatrick (1983).

[2] Este punto de vista fue incorporado en el Informe de Henry Kissinger sobre América Central.

[3] Como se ha observado, en el proceso de modernización actual permanece la ideología tradicional, pero aparece junto a ella la ideología tecnocrática con las mismas funciones que la ideología.

[4] El monetarismo supone la presencia de la "mano invisible" a nivel macroeconómico e internacional.

[5] Sugerimos sobre el tema: el trabajo de Juan Manuel Villasuso Crisis económica y ajuste estructural. Editorial Universidad Estatal. Costa Rica, 1990).

[6] Comentario tomado del politólogo argentino, Carlos Vilas.

BIBLIOGRAFIA:

Altvater Elmar (1982). "El nada discreto encanto de la contrarrevolución neoliberal", Revista Mexicana de Sociología, vol. XLIV, número 3, UNAM, México, julio-septiembre.

Barro, R.J. (1986). Macroeconomía, Editorial Interamericana, México.

Borja, J. F. Calderón y S . Peñalva (editores) (1989). Descentralización y democracia: gobiernos locales en América Latina, CLACSO-SUR-CEUMT, Barcelona, Santiago de Chile.

Calderón, Fernando y Dos Santos Mario R., (1991) Hacia un nuevo orden estatal en América Latina, Clacso, FCE, Santiago de Chile.

Foxley Alejandro (1982). Experimentos neoliberales en América Latina, Col. Estudios Cieplan, No. 7, Santiago de Chile, junio.

Frankel, Boris (1987). Los utopistas post-industriales, Editorial Nueva Visión, Buenos Aires, 1987.

Furtado, Celso (1982). "Transnacionalización e monetarismo", en Revista Pensamiento Iberoamericano, No. 1, enero-junio, Madrid.

Habermas Jürgen (1989). El discurso filosófico de la modernidad, Editorial Taurus, Madrid.

Hinkelammert J. Franz (1984). Crítica de la Razón Utópica, Editorial DEI, San José de Costa Rica.

BIBLIOGRAFIA:

Kirkpatrick, Jeane (1983). Dictadura y contradicciones, Edit. Hermes, Buenos Aires.

Laffor, Arthur (1988). Teoría de la oferta, Universidad Autónoma de Puebla, México.

Lazarte, Jorge y otros (1991). Debate sobre la reforma del Estado, Edit. ILDIS, La Paz, Bolivia.

Lechner, Norbert (1986), "El proyecto conservador y la democracia", en J. Labastida (coord.), Los nuevos procesos sociales y la teoría política contemporánea, Ed. Siglo XXI, México.

Lichtensztejn, Samuel (1979). "Sobre el papel y el enfoque de las políticas de estabilización", en Economía de América Latina, No. 1, CIDE, México.

Lipovetsky Gilles (1986). La era del vacío. Ensayos sobre el individualismo contemporáneo, Editorial Anagrama, Barcelona.

Lynn Ground Richard (1984). "Los programas ortodoxos de ajuste en América Latina", en Revista de la CEPAL, No. 23, pp. 47-84 Santiago de Chile, agosto.

Nash H. George (1987) . La rebelión conservadora en Estados Unidos, Editorial Gel, Buenos Aires.

Offe Claus (1981). "Ingovernabilidad. El renacimiento de las teorías conservadoras", Revista Mexicana de Sociología, vol. XLIII, número 3, UNAM, México.

Paramio Ludolfo (1991). El final de un ciclo y la crisis de unos actores: ante la década de los 90, Buenos Aires, julio.

Peñalva Susana (1991). "Descentralización y cambios en la relación Estado-sociedad", en Cambios, número 11, Buenos Aires, enero.

Picó, Josep (1987). Teorías sobre el Estado de Bienestar, Editorial Siglo XXI, Madrid.

PNUD (1991) Lineamientos para un programa de reforma y modernización del Estado, Honduras, agosto.

Taranzo Carlos F. (editor) (1990). Debate sobre la Reforma del Sistema Político, Editorial ILDIS, La Paz, Bolivia.

Tironi Eugenio (1990). "Crisis, desintegración y modernización", en Proposiciones, número 18, SUR, Santiago de Chile.

Touraine Alain (1991). "Posible ruptura social en América Latina", en El Universal, México, octubre 29.

Villasuso J. Manuel (1990). Crisis económica y ajuste estructural, Edit. Universidad Estatal, Costa Rica.